

CRÍTICA DE ARTE  
ALBERTO PIZARRODE SORPRESA  
EN SORPRESA

**M**e ha sorprendido desagradablemente la andanada que ha dirigido el engreído don Francis Paniego a don Eduardo Rodríguez Osés, sospecho que a cuenta de que a sus casas de comidas ya no acuden tantos guiris pidiendo croquettes, crocchette, kroketten. Atribuyámoslo a la cargazón mental de 'la toque blanche' (el gorro de cocina), a la que no se ven sometidos quienes llevan el birrete doctoral, como el profesor universitario y actual director general de Turismo y Cultura, cuya gestión en la materia que aquí nos ocupa podríamos calificar cum laude.

La altanería y estulticia del cocinero contrastan con la sencillez y sensatez de los hasta ahora para mí desconocidos Emilio San Andrés y Javier Martín Matute, autores de 'Las manos hablan', que se expone hasta hoy, 15 de febrero, en el Centro CajaRioja-Bankia de Gran Vía.

La obras de San Andrés, en clave de ensamblaje, están hechas para la mirada escrutadora y, a través de ella, para recreo del intelecto. Artista autodidacta, trabaja principalmente la madera, a la que 'argumenta' con alambres, cadenas, piedras, etc. Titula sus obras a modo de haikus que mueven a reflexión. La política, la crítica social, las relaciones interpersonales, los sentimientos propios, etc. son los argumentos de unas piezas que están entre la figuración y la abstracción. Obra exenta, despojada, muy pensada, que pretende ser a la vez catártica y pedagógica.

Grata invitación al pensamiento, no exenta de deleite visual; in-

tento logrado de expresar plásticamente lo que no sabe o no quiere manifestar con palabras.

Las obras de Martín Matute, maestro cantero e imaginero en piedra, también están hechas para la vista, y para el tacto; para ser circuidas y deleitarse con los efectos de la luz. Expone parejas de series más largas, prueba de que su quehacer sigue líneas temáticas. Rostros humanos, capiteles, animales, etc.; piezas de tamaño y textura que encajan en cualquier casa. Si el artista confiesa gozar haciendo un muro, hay que suponer que 'orgasma' cuando encuentra un canto rodado, una piedra arenisca u otro material que se le ofrece para la talla de una alegoría arcaica o una evocación de la escultura del siglo XX.

Vinculando a estos dos artistas, en un siamesismo ocasional felizmente operativo, La Casa de las Musas ha cumplido uno de los objetivos perseguidos. San Andrés y Martín Matute pueden competir con los más encumbrados escultores locales. De perseverar en su quehacer tendrán cumplido encaje entre los primeros de nuestra Comunidad. Gratísimo hallazgo, pues, el de estos dos artistas, a los que desde ahora habrá que seguir.

Lástima que la exposición no se haya acompañado de un folleto explicativo. Así lo requerían algunas obras, por el mucho momio de matiz conceptual y simbólico que encierran. Empero, no descarte el visitante que los autores se las expliquen con pormenor, como tuvieron la diligencia de hacer con quien esto escribe. De ser así, la visita será puro deleite. O miel sobre hojuelas, para no olvidarme del cocinero bilisoso.